

LA MUERTE DE CONSTANTINO

ÁLVARO LOZANO

LA MUERTE DE CONSTANTINO



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: mayo de 2025

© Álvaro Lozano, 2025
© de la presente edición: Edhasa, 2025
Diputació, 262, 2^o1^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6469-9

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 7705-2025

Impreso en España

En el año 326 de nuestra era, el Vencedor Constantino, Augusto, Máximo condenó a la augusta Fausta y al César Crispo a la *damnatio memoriae* tras el fallecimiento de ambos ese mismo año. Las circunstancias de sus muertes y las razones de Constantino para condenarlos al olvido reservado a los más abyectos traidores a Roma nunca podrán ser desentrañadas. Y es ahí, en el lugar en el que la Historia es derrotada, donde medra, prodigiosa, la ficción.

«Si hubiera varios dioses, ¿a cuál de ellos deberían los hombres dirigir sus plegarias? ¿Cómo podría honrar yo a un dios sin deshonar a los demás? Si hubiera varios dioses, surgirían entre ellos los odios, las rivalidades y los reproches, y se produciría un desorden inimaginable».

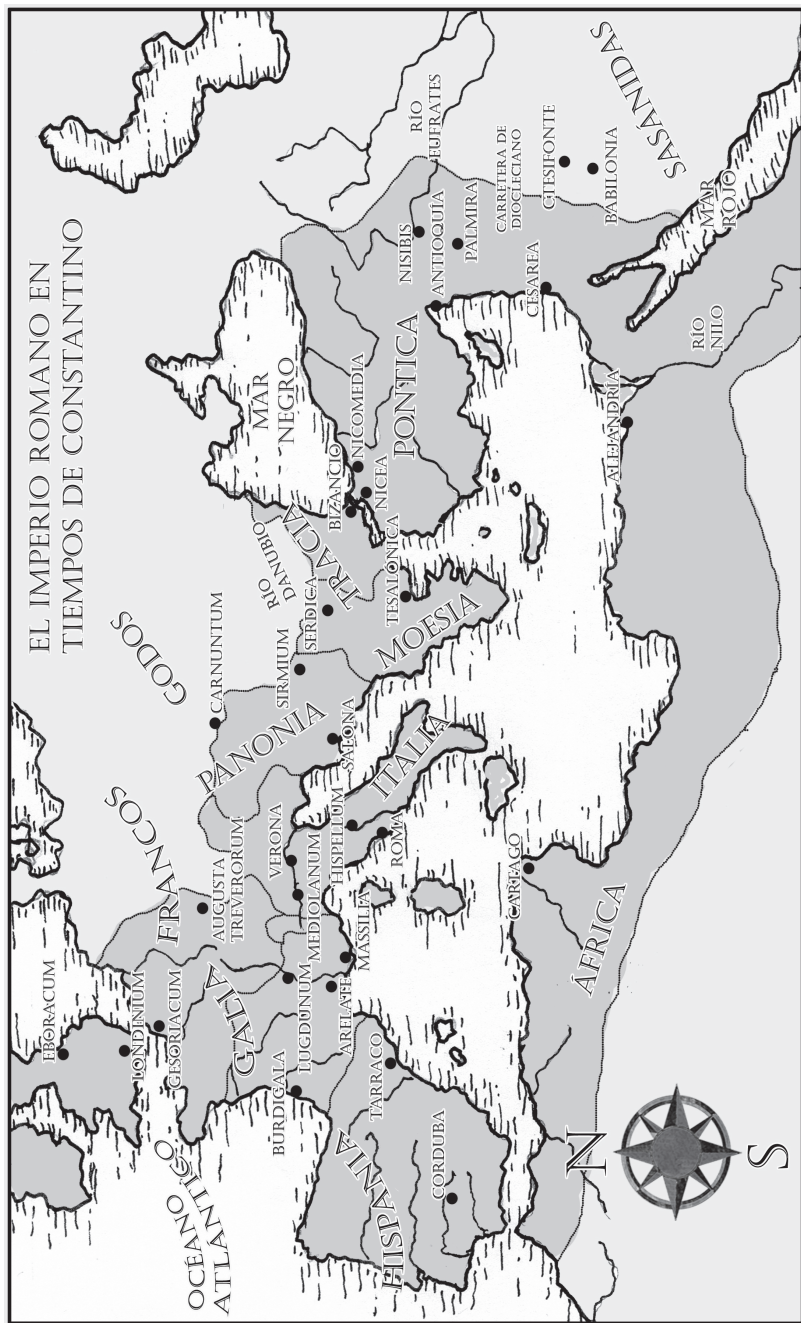
Discurso de Constantino a la Asamblea de los Santos,
325 d. C.

«En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios».

Jn 1,1

«Por último, decretó que fueran borradas de todas partes todas las inscripciones con su nombre y que se eliminase su memoria».

Suetonio, *Vida de los doce césares*



DRAMATIS PERSONAE

Emperadores y usurpadores

DIOCLECIANO: augusto, creador de la Tetrarquía.

CONSTANCIO CLORO: César de Occidente y más tarde augusto. Padre de Constantino.

MAXIMIANO HERCÚLEO: augusto de Occidente. Padre de Fausta y Majencio.

GALERIO: César de Oriente y más tarde augusto.

MAXIMINO GAYA: César de Oriente y más tarde augusto. Sobrino de Galerio.

CONSTANTINO: augusto de Occidente y más tarde reunificador del Imperio. Hijo de Constancio Cloro y Helena.

SEVERO II: César de Occidente y más tarde augusto.

LICINIO: lugarteniente de Galerio y más tarde augusto de Oriente.

ALEJANDRO: usurpador de la provincia de África.

AURELIO AQUÍLEO: usurpador de la provincia de Egipto.

DOMICIO DOMICIANO: usurpador de la provincia de Egipto.

Familia de Constantino

MINERVINA: primera esposa de Constantino.

FAUSTA: augusta. Hija de Maximiano Hercúleo, hermana de Majencio y segunda esposa de Constantino.

CRISPO: hijo de Constantino y Minervina.

TEODORA: Hija adoptiva de Maximiano Hercúleo. Segunda esposa de Constancio Cloro y madrastra de Constantino.

HELENA: Primera esposa de Constancio Cloro. Madre de Constantino. Augusta en el reinado de su hijo.

CONSTANCIA: Medio hermana de Constantino y esposa de Licinio.

Hija de Constancio Cloro y la augusta Teodora.

FLAVIO DALMACIO: Medio hermano de Constantino. Hijo de Constancio Cloro y la augusta Teodora.

Concilio de Nicea

Ortodoxos

OSIO: obispo de Corduba y consejero de Constantino, presidente del concilio.

ALEJANDRO DE ALEJANDRÍA: patriarca de Alejandría.

ATANASIO DE ALEJANDRÍA: presbítero, más tarde patriarca de Alejandría.

EUSTACIO DE ANTIOQUÍA: obispo de Antioquía.

PAFNUCIO DE TEBAIDA: confesor de la fe, obispo de Tebaida, Egipto.

ESPIRIDÓN DE CHIPRE: pastor de ovejas y obispo de Chipre.

MARCELO DE ANCIRA: obispo de Ancira.

VÍCTOR y VICENCIO: presbíteros, enviados del obispo de Roma a Nicea.

SILVESTRE: obispo de Roma, ausente del concilio por motivos de salud.

NICOLÁS DE MYRA: obispo de Myra, enterrado en Bari, origen de la figura legendaria de san Nicolás / Santa Claus / Papá Noel.

HERMÓGENES: presbítero de Ancira, supuesto receptor de la revelación divina de la profesión de fe del concilio de Nicea y, años más tarde, responsable de la iniciación de Constantino en el catecumenado.

Arrianos

ARRIO: presbítero de Alejandría, padre de la doctrina arriana.

EUSEBIO DE CESAREA: obispo de Cesarea. Autor de la *Vita Constantini*, biografía en tono hagiográfico de Constantino.

EUSEBIO DE NICOMEDIA: obispo de Nicomedia primero y de Constantinópolis después. Bautiza a Constantino.

TEOGNIS DE NICEA: obispo de Nicea.

MARIS DE CALCEDONIA: obispo de Calcedonia.

THEONÁS DE MARMÁRICA: obispo de Marmárica. Se negó a firmar los cánones de Nicea.

SEGUNDO DE PTOLEMAIDA: obispo de Ptolemaida. Se negó a firmar los cánones de Nicea.

Otros

VALERIA: hija de Diocleciano, esposa de Galerio.

CHROCO: jefe alamán. General de Constancio Cloro y de Constantino.

ASCLEPIODOTO: prefecto del pretorio de Constancio Cloro y de Constantino.

SÓPATRO: filósofo pagano y taumaturgo.

MELQUÍADES: obispo de Roma durante la conquista de Constantino.

EL MÁRTIR LUCIANO

Ancirona, afueras de Nicomedia, mayo del 337 d. C.

Contemplad ahora a Constantino. Admirad al emperador de los romanos en este preciso instante y en este lugar concreto, una villa cualquiera de Ancirona, no lejos de Nicomedia. Contempladlo ahora y no en el Puente Milvio, ni en Nicea, ni en Constantinópolis. Desterrad de vuestra mente el coloso de Roma, el arco del triunfo, la estatua dorada en la que se transfigura en Febo Apolo. Si no podéis evitarlo, maravillaos entonces con su funesta gloria, pero no olvidéis, cuando leáis esta historia, que incluso él, grande entre los grandes, no fue más que un simple mortal, como vosotros.

Mirad cómo yace en el lecho, cómo prefiere volver el rostro temeroso hacia la muerte en lugar de hacia el pasado, pues para algunos hombres es más terrible echar la vista atrás que encarar el fin de la existencia. Observad cómo se le contrae el gesto por el dolor que al final a todos nos iguala. Apreciad bien la modestia de la leve sábana de lino que lo cubre, presagio de la mortaja que lo aguarda en el exiguo futuro que tiene por delante. Ha devorado la vida con ansia y ya no queda nada sobre la mesa del banquete. Lo único que puede hacer es soñar o recordar, pero no quiere hacer ninguna de las dos cosas porque ya no es capaz de controlar ni sus sueños ni su memoria. Mientras lucha contra las imágenes que lo asaltan, las arrugas de su rostro se profundizan, se vuelven abismos en los que cabe

toda una eternidad. No perdáis detalle de cada una de ellas. Han sido horadadas con paciencia por crímenes imperdonables y victorias imposibles. Quién sabe a qué corresponde cada cual, pues es difícil adivinar qué deja una huella más profunda en la epidermis de los emperadores. Cada línea cuenta una historia, cada mancha en la piel es una decepción, cada hebra de cabello encanecido es una esperanza frustrada. Es preciso darse prisa: la palidez de la enfermedad avanza y anuncia que el tiempo se agota, que todas estas historias están a punto de perderse para siempre. Habitan en Constantino como lo hacen su corazón o sus pulmones, su hígado inflamado o el intestino que se ha revelado contra él, y estas historias, como si fueran una víscera más, se pudrirán con él cuando muera; después, se convertirán en polvo o ceniza, lo que llegue antes.

Y ahora, si os atrevéis, buscad a Dios junto al lecho. Tratad de sentir su aliento divino hollando las sábanas sudadas que apenas cubren la desnudez aterida del emperador moribundo; quizás algunos de vosotros, aquellos más afortunados, seáis capaces de verlo. No es el caso de Constantino, que a cada rato alza los ojos, cegados por la fiebre y el dolor, y no ve nada. Aun así, lo presiente esperándolo al otro lado del tiempo que ya se le acaba, informe y colosal, terriblemente poderoso, juez y quizá verdugo. Y es aquí, ante vosotros, donde Constantino descubre por primera y última vez lo que es el temor de Dios.

Sin embargo, hace no demasiado tiempo, este miedo no existía en Constantino. Entonces el mundo entero celebraba con grandes y festivos banquetes en las *Tricennalia* los treinta años de glorioso gobierno del emperador. Y aún menos tiempo ha transcurrido desde que el soberano, con el vigor que la juventud de su espíritu insuflaba a su cuerpo ya maduro, partió de Constantinópolis para castigar la insolencia de los persas sasánidas. Unos decían entonces que el motivo de la inminente guerra era el trato inhumano

que los persas dispensaban a los cristianos que vivían en su territorio; otros aseguraban que el rey de reyes se había quedado con los tesoros que, desde la lejana India, una embajada portaba para agasajar al emperador. Tal vez la culpa de esta nueva contienda era fruto del odio ya centenario entre romanos y persas, odio alimentado en abundancia desde Carras y azuzado ahora por el fantasma de Valeriano, de quien se dice que se aparecía por las noches al emperador desprovisto de piel y supurando un deseo enajenado de venganza.

Las legiones cruzaron el Helesponto bajo el signo del lábaro con Constantino a la cabeza. Siguieron el mismo camino que en su día emprendiera un Jerjes humillado, salvo que en esta ocasión era Constantino quien hacía el viaje, y a él no podía esperarle otra cosa que no fuera la gloria. Además del ejército, acompañaban al emperador un buen número de presbíteros, diáconos y acólitos con los que pretendía expandir más allá de las fronteras del Imperio la palabra del Salvador. Allí donde acampaban, junto a las tiendas de los oficiales, no muy lejos de la tienda imperial, se levantaba una enorme carpa repleta de púrpura y oro en la que se celebraban los sagrados ritos. En ellos participaban buena parte de los soldados, antiguos paganos que habían abrazado el cristianismo siguiendo la estela de victorias que su soberano atribuía a la nueva divinidad. Constantino observaba la nueva devoción de sus hombres y se complacía. Sentía la presencia de Dios caminando a su lado, una vez más, para guiarlo en la batalla.

La confianza en una victoria rápida, sencilla y opulenta se sentía por doquier. Los legionarios reían y cantaban mientras fantaseaban con el fabuloso botín con el que esperaban volver a casa. Los oficiales apenas podían disimular su optimismo y sólo la prudencia que su veteranía les proporcionaba les impedía unirse a la euforia general. Había motivos para esta alegría que rozaba la demencia, pues nun-

ca se vio un ejército tan numeroso, tan disciplinado y eficaz marchar contra los persas, al menos desde los tiempos de Alejandro. Pero ¿cómo no iban a sentirse de esta manera si en todos los años que llevaban sirviendo bajo Constantino no habían conocido la derrota? Y, de entre todos ellos, el más confiado, el que más convencido estaba de que, dentro de no demasiadas semanas, se despertaría un día y podría llamarse a sí mismo señor de todo el Oriente era el propio emperador. Tan seguro estaba de que vencería que se fue deslizando sin darse apenas cuenta por la peligrosa y resbaladiza pendiente de la soberbia. Y así quiso Dios –o quisieron los dioses, ofendidos por medio de la vetusta *hybris* y el olvido al que habían sido condenados; o tal vez fue la Fortuna quien así lo dispuso, pero no en su forma divina, sino como ciego azar– que a los pocos días de marcha las cosas sucedieran de una manera diferente a como Constantino había previsto.

Avistaban ya la planicie anatólica cuando el emperador comenzó a encontrarse mal. El avance del ejército se detuvo y no se ofreció explicación alguna. Los cantos dejaron paso a los murmullos y el desconcierto. El optimismo se fue apagando y en su lugar creció una ominosa sensación de que algo terrible estaba a punto de suceder.

–¿Por qué nos hemos detenido justo aquí? ¿Acaso esperamos más refuerzos? –preguntaban los legionarios mirando a sus centuriones en busca de una respuesta.

–Así lo manda el emperador –contestaban éstos mientras, a su vez, interrogaban a los prefectos y a los tribunos.

Pero nadie podía aclararles por qué se habían detenido. Sólo los más cercanos al emperador conocían su enfermedad.

Los médicos esperaban que el mal que aquejaba a Constantino, difuso y esquivo por otra parte, una mezcla de debilidad, dolor de vientre y falta de aliento, se desvaneciera con la misma premura con la que se había instalado en

tan egregio cuerpo. Pero pasaron los días y Constantino no mejoraba. La campaña contra los persas fue suspendida antes siquiera de comenzar, y el emperador, tras disolver el ejército y acompañado únicamente de su séquito, se dirigió a la cercana Pythia Therma para tomar las aguas medicinales. Allí, en lugar de remitir, la enfermedad empeoró.

Constantino se encontraba cada vez más débil, su piel fue palideciendo y su figura fue menguando en porte y estatura. Perdía peso día a día, pues no hallaba en sí el ánimo de ingerir alimento alguno más allá de un poco de caldo y algo de vino aguado, que no siempre conseguía retener en el estómago. Sus heces se volvieron negras y malolientes por exceso de bilis negra, o esto era lo que aseguraban los médicos mientras intentaban diversos tratamientos para corregir el desequilibrio de sus humores sin resultado alguno. Pronto le resultó claro al emperador que se estaba muriendo y decidió emprender el retorno a Constantinópolis. Hizo un primer alto en el camino en Helenópolis, la antigua Drépano que él mismo había rebautizado en honor a su madre. Allí, en la pequeña iglesia de los mártires, ante la hornacina que contenía los restos del mártir Luciano, de quien la augusta Helena había sido una gran devota, orando de rodillas y tras confesar sus pecados, recibió la imposición de manos que lo convirtió en catecúmeno. No fueron las manos de ninguno de los clérigos que lo acompañaban las que franquearon la entrada de Constantino en el seno de la Iglesia, sino las de un presbítero cualquiera, un hombre intrascendente que resultó encontrarse en ese lugar casi por casualidad. El hombre estaba de paso por la ciudad y había ido a orar en el mismo lugar que el emperador. Se llamaba Hermógenes y era natural de Ancira.

Ocurrió de la siguiente manera. Cuando se adentró en la iglesia de los mártires, el emperador esperaba encontrarse solo. Dos de sus escoltas estaban echando un vistazo en el interior.

–¡Vamos! ¡Daos prisa! –les gritó Constantino.

Le costó no poco esfuerzo volver a articular su poderosa voz para hacerse obedecer de inmediato, y por un instante pareció haber recobrado las fuerzas que los últimos días le habían ido negando. Ante tanta premura, ninguno de ellos, augusto o soldado, reparó en la figura que en la oscuridad de una esquina rezaba de rodillas.

Hermógenes se encogió instintivamente al escuchar a los soldados entrar en el templo. Cerró los ojos, apretó con fuerza sus manos entrelazadas y oró con mayor fervor aún. Su cuerpo conservaba todavía la memoria de la persecución de Diocleciano en forma de largas cicatrices en su espalda que ahora, ante el peligro intuido por la presencia de los soldados, le ardían de nuevo. Tal vez Dios escuchó su plegaria, porque permaneció invisible a los imprevistos visitantes. Sólo cuando intuyó que volvía a estar a solas, se atrevió a dirigir la mirada hacia la puerta. Fue entonces cuando vio entrar a un hombre anciano y demacrado, un cuerpo poderoso que amenazaba con desarmarse a cada paso; la antaño poderosa cabeza conservaba un halo de majestad, pero al mismo tiempo resultaba desproporcionada con respecto al cuerpo que gobernaba. Únicamente cuando el anciano cayó de rodillas ante la hornacina de Luciano y las velas iluminaron su rostro, reconoció al emperador Constantino.

Hermógenes había visto al emperador en persona hacía más de diez años, durante el concilio de Nicea. En aquellos días, no era más que un diácono que formaba parte del séquito del obispo Marcelo de Ancira. Entonces le había impresionado la mera presencia de Constantino, su porte distinguido, la autoridad que emanaba de su manera de caminar y de su profunda voz. Por eso accedió a aquel teatro nefasto que retorció la voluntad de Dios, cuando ante la asamblea de Nicea desenrolló aquel pergamino con el credo y lo leyó como si aquellas palabras le hubieran sido reveladas por el mismo Cristo.

Toda mortificación, toda penitencia a la que se sometió después había tenido como objetivo lavar esa mácula. Y, sin embargo, ahí seguía. De Nicea se fue con huecas palabras de agradecimiento. A Constantino ni siquiera volvió a verlo. Estaba tan ocupado gozando de su victoria que ni siquiera se acordó de despedirse de aquel que había sido su instrumento. Luego, Hermógenes había vuelto a encontrar la vergüenza cada vez que se encontraba con los rasgos del emperador, magnificados e idealizados, en las estatuas que se fueron erigiendo en su honor en la mitad oriental del Imperio tras la derrota de Licinio. Eran esas facciones, a medio camino entre el hombre y la divinidad, las que perduraban en su memoria, por esta razón fue aún más desconcertante para él descubrir que aquel anciano era la misma persona. El emperador sufría, eso le pareció evidente desde el instante en que posó sus ojos sobre él. Constantino sufría en cuerpo y alma por igual. Hermógenes lo veía en su cara congestionada por el dolor y la angustia, donde la nariz prominente era la única parte que no se contraía en un gesto que amagaba con convertirse en llanto. El imprevisto penitente escrutaba la evolución del rostro de Constantino desde las sombras de su rincón. Nunca resulta sencillo saber qué es capaz de retorcer a un hombre por dentro, y el presbítero, a pesar de su larga experiencia como ministro de Cristo, no acertaba a adivinar la razón del sufrimiento del augusto. Estaba enfermo, de eso su aspecto no ofrecía la más mínima duda, y no era una enfermedad pasajera, sino una de esas dolencias que uno sabe que terminará por ser letal y ataca cuerpo y alma a la par, porque, cuando uno amenaza con sucumbir, la otra entra en pánico ante la perspectiva de tener que cargar con toda una vida para llevarla, tal vez, a ninguna parte. O quizás Hermógenes se equivocaba y el tormento de Constantino era mucho más prosaico y simplemente recordaba la gloria del pasado que ya no volvería. Sin em-

bargo, la sombra que cubría al emperador era demasiado tupida y oscura, demasiado pesada, como sólo puede serlo la culpa, y esto no podía ser otra cosa, pensó Hermógenes, ~~que el remordimiento por el destino al que Constantino había condenado a su esposa Fausta y a su hijo Crispo.~~

El deber y la piedad se aliaron, enterraron la vergüenza y el recuerdo de Nicea para alzar a Hermógenes desde su postura orante y dirigirlo hacia el emperador. No pretendía asustarlo, así que se aseguró de arrastrar un poco los pies para que sus toscas sandalias advirtieran de su presencia. Constantino ni se inmutó. Dejó que aquel desconocido se acercara mientras él permanecía arrodillado a la manera de los penitentes, las manos alzadas al cielo y los ojos fijos en la urna que contenía las reliquias del mártir Luciano, como si la mera fuerza de su mirada, y no el poder divino irradiado por los restos del mártir, fuera capaz de obrar el milagro por el que sin duda oraba. Cuando Hermógenes se atrevió a posar una mano sobre el hombro de Constantino, éste bajó las manos y cerró los ojos, aliviado. La serenidad ocupó el lugar del dolor en su semblante, de donde huyó aventado por un largo suspiro. Hermógenes temió que lo tomara por una aparición sobrenatural, un mensajero divino, el mismo Cristo tal vez, pero de inmediato apartó la idea de su mente y pidió perdón a Dios por su soberbia. Quizá lo reconocería y lo colmaría con la gratitud que no le mostró en su día, aunque era hartamente improbable: apenas se vieron un par de veces y el hombre que tenía ahora postrado ante la hornacina del mártir parecía demasiado devastado como para recordar una simple anécdota.

El emperador abrió los ojos al contacto de la mano en el hombro y ladeó la cabeza para mirar al hombre que tenía a su lado. Al revelar su rostro a Hermógenes, Constantino mostró sus párpados hinchados y unas ojeras profundas y amoratadas, como si hubiera estado llorando. El empera-

dor le habló de la misma manera en que lo haría a un antiguo amigo al que ha encontrado de nuevo tras largos años de ausencia.

–Toda mi vida he estado postergando este momento y ahora los días, que antes parecían eternos, huyen de mí a toda prisa. ¿Cuál es tu nombre? –dijo con una voz engolada y pastosa, pero todavía profunda.

En efecto, no lo había reconocido.

–Me llamo Hermógenes, señor. Soy presbítero en An-cira. Viajo de vuelta a mi ciudad y me he detenido para orar en el santuario –respondió Hermógenes, tratando de disculpar su presencia indebida en aquel lugar y venciendo la tentación de revelar qué papel le obligó a interpretar en Nicea.

–¿Sabes quién soy?

–Eres Constantino el Vencedor, grande entre los hombres, aunque hasta hace apenas un instante cualquiera hubiera jurado que no eras más que un simple penitente –vaciló antes de continuar, pero la curiosidad y la compasión que despertaban en él la figura derrotada del emperador lo llevaron a seguir hablando sin reprocharle que no se acordara de él–. No quisiera parecer entrometido, pero forma parte de mi ministerio aliviar el dolor de los hombres. ¿Puedo preguntar qué es lo que tanto te aflige?

–Grande dices que soy, pero mírame ahora y dime: ¿qué grandeza ves aquí? Lo que queda de ella se ha quedado fuera de este templo: mis guardias, mi caballo, las innumerables fruslerías que me acompañaban para el viaje que ya nunca haré, todo mi ejército. Cuando salga de este lugar y vuelva a rodearme de todas estas cosas, todavía parecerá que conservo la grandeza de los días pasados, pero no será más que una ficción. Lo único que de verdad permanece en mí de esa grandeza son los grandes pecados que todo gran hombre comete, y yo no soy una excepción a esa regla. No tardaré en comparecer ante al Altísimo, y temo que cuando llegue el momento Él no quiera perdonarme.

—No hay hombres grandes ni pequeños ante Dios, ni pecado que él no sea capaz de perdonar.

—Escucho por tu boca las mismas palabras que Osio me dirigió en infinitas ocasiones, sobre todo cuando me apremiaba a bautizarme —dijo Constantino. El recuerdo de su viejo consejero le dibujó una tímida sonrisa en el rostro.

—¿No estás bautizado?

El emperador desvió la mirada tratando de ocultar su vergüenza.

—Tenía mis razones. Ahora tengo otras para querer recibirlo.

Hermógenes temió haberlo ofendido y alargó el brazo invitándolo a que lo tomara para ponerse de pie. El augusto aceptó la oferta y se aferró a él mientras pugnaba por levantarse. El presbítero se sorprendió de lo ligero que resultaba su cuerpo. Lo ayudó a caminar hasta un banco de madera basta y astillada que descansaba bajo un ventanuco contra la pared de ladrillo, y ambos se sentaron en la penumbra. Constantino le contó entonces las razones de su demora. El camino hacia el bautismo era largo y podía extenderse durante tres años en los que debía estudiar las escrituras y recibir la instrucción adecuada. Cada comunidad obraba según sus costumbres, pero ninguna de ellas actuaba con la premura que hubiera precisado el emperador. Sencillamente no disponía del tiempo requerido para hacerse catecúmeno durante meses o años. La atención que el Imperio demandaba consumía cada hora de sus días. Sin embargo, también existía otra razón: había retrasado el momento de ser bautizado porque temía volver a pecar. Sabía que con las palabras arcanas y el agua salvífica volvería a adquirir la inocencia de un niño ante los ojos de Dios, y le aterraba tener demasiado tiempo para volver a pecar y alejarse así de la salvación. Ahora, en cambio, lo que le daba miedo era haber apurado demasiado sus días y abandonar este mundo sin haber sido perdonado.

El presbítero se conmovió por la angustia del emperador, desterró Nicea de su corazón y perdonó de corazón la indolencia que le había llevado a postergar este momento. Se levantó del banco e impuso las manos sobre la cabeza de Constantino, que dejó derramar sinceras lágrimas de alivio mientras Hermógenes salmodiaba una oración. No tenían la sal requerida para completar el ritual, pero el presbítero encontró una fácil solución.

—A falta de sal, tus lágrimas son más que suficientes a ojos de Dios.

A continuación, con el pulgar de su mano derecha, hizo la señal de la cruz sobre la frente de Constantino. Reinó entonces el silencio en el santuario, como si en lugar de estar a solas estuvieran rodeados de testigos invisibles que contuvieran el aliento.

—Álzate ahora, Constantino, como catecúmeno de la Iglesia de Cristo.

Hermógenes lo ayudó a levantarse una vez más. Le ofreció el brazo, pero Constantino lo rechazó. El presbítero caminó junto a él, siguiendo su paso vacilante hacia la puerta, donde la madera mal ensamblada dejaba pasar resquicios de la luz del mediodía.

Cuando salieron al exterior, el sol hirió los ojos del emperador. Aun así, Constantino se encontró de pronto menos apesadumbrado. Su paso se volvió firme y decidido. Dejando atrás a Hermógenes, se desató el manto púrpura y lo dejó caer sobre la tierra seca como si con él empezara a desprenderse de todo lo que el bautismo esperaba que borrara de su alma. El presbítero no se atrevió a recogerlo, aunque hubiera sido un buen recuerdo de tan extraño encuentro y una buena recompensa, aunque tardía, por prestar su voz ante la asamblea de Nicea.

Los dos soldados que custodiaban la entrada se sorprendieron al ver surgir a Constantino de entre las sombras acompañado de aquel hombre de aspecto humilde, cubier-

to de polvo del camino salvo en las rodillas. Antes de que los guardias tuvieran tiempo de reaccionar, vieron cómo el augusto le hacía un gesto con la mano al extraño para que lo siguiera y supusieron que su presencia allí obedecía a la voluntad del emperador, así que se limitaron a seguirlos mientras ambos se dirigían al lugar donde esperaba el resto de la comitiva imperial.

Llegaron al costado de la calzada y fueron directos hacia el sitio donde se encontraban los clérigos cristianos que acompañaban a Constantino. Era fácil distinguir desde lejos las decenas de esclavos y criados que los rodeaban, y al acercarse, los ropajes de seda, oro y púrpura que los envolvían. Parecían ricos mercaderes o nobles patricios en lugar de ministros de Dios. Constantino los miró con desprecio y se sintió satisfecho de que su entrada al catecumenado hubiera sido obra de aquel hombre sencillo y anónimo que seguía sus pasos. Ante los ojos atónitos y recelosos de los orgullosos clérigos, Hermógenes presentó a Constantino como nuevo catecúmeno de la Iglesia de Cristo. En sus miradas envidiosas, el presbítero adivinó cómo se habían estado disputando este honor entre ellos. Hermógenes no quiso saber nada más. Se excusó con el emperador, que no hizo nada por retenerlo, y partió hacia Ancira con el alma encogida y el ánimo sombrío. Tenía la vaga sensación de haber sido utilizado otra vez, que su buena fe había sido aprovechada para un propósito que se le escapaba. Quiso consolarse pensando que había sido el instrumento del que se había valido, una vez más, la voluntad de Dios para llevar a cabo Su obra, y que a Él no debía cuestionarlo, sino agradecerle que se hubiera fijado en él, un simple presbítero del que todo el mundo parecía haberse olvidado, para encaminar al hombre más poderoso de la tierra hacia el bautismo, y este pensamiento, al menos, fue capaz de arrancarle una sonrisa de satisfacción.

Constantino abandonó Helenópolis con la cabeza cubierta y el rostro velado. Ya nunca más vistió la púrpura ni

el oro, sino las sencillas prendas de los penitentes. Y grande fue en verdad la penitencia que tuvo que soportar el emperador: acostado en un carro, a pesar de los mullidos almohadones sobre los que yacía, el continuo traqueteo de las ruedas le procuraba un dolor continuo que se exacerbaba con cada salto. Los médicos aconsejaron que aminoraran la marcha, pero esto no hizo sino empeorar el bamboleo constante del carruaje, así que el augusto dio la contraorden de acelerar el paso. Pronto se hizo evidente que no aguantaría el viaje a Constantinópolis, ni siquiera por mar, así que la comitiva se encaminó a la más cercana Nicomedia. Los bueyes que tiraban del carro desfallecían por momentos y el estado de Constantino se deterioraba, de manera que al llegar a Ancirona, con Nicomedia ya a la vista, se vieron obligados a parar junto a una rica villa, cuyo propietario, en cuanto supo quién era su ilustre huésped, no vaciló en ofrecérsela para que se repusiera de las fatigas del viaje antes de continuar su camino.

Constantino nunca abandonaría aquel lugar.

Le prepararon la mejor habitación y la mejor cama, la cual vistieron con finas y delicadas sábanas de lino. Le procuraron las más suaves almohadas de plumón, y al ejército de esclavos del emperador se unieron los del rico propietario. No tardaron en acudir desde Nicomedia los más notables médicos de la ciudad, y pronto los físicos que lo atendían se contaron por decenas, lo cual hizo que su incapacidad para ayudarlo resultara aún más decepcionante, al menos para los que acompañaban a Constantino, no tanto para él, pues sabía fuera de toda duda que estaba muriéndose.

Así fue como llegó Constantino hasta aquí, hasta este lugar y este momento en que lo habéis contemplado por primera vez. Y por unos días aquí permanecerá, alternando la vigilia y el sueño en un ensayo de lo que será su muerte. Mientras tanto, fuera, en la misma villa que lo aloja, pero

también en Nicomedia, y pronto, cuando llegue la noticia, en Constantinópolis, en Alejandría, incluso en la vieja Roma si llegara a tiempo el rumor de su enfermedad, se sucederán las plegarias por el restablecimiento de su salud, plegarias a Cristo, pero también a Apolo y Esculapio, a Mitra y al Sol Invicto, a Isis y Thot. Aún no ha pasado el tiempo del cuchillo y el altar, y, sobre mármoles que un día fueron blanquísimos, se vuelve a derramar sangre en nombre de los antiguos dioses, quienes, también agonizantes, se resisten a partir. Quizá, deben de pensar algunos, aún conserven una chispa de su poder con la que sanar al emperador.

Mas olvidad por el momento a los dioses y mirad de nuevo cómo yace en el lecho este simple mortal. Observad cómo duerme y cómo vela, cómo recuerda y cómo sueña con la vida que deja atrás. Pero tened cuidado, pues no sólo mienten los recuerdos, también lo hacen los sueños, salvo cuando osamos adentrarnos en aquellos instantes que nunca hemos querido volver a visitar, pues recordar pervierte la memoria, soñar la enmienda, soñar la disculpa y la redime, mientras que el olvido la mantiene incólume. Constantino no es diferente a ninguno de nosotros y ni siquiera ahora, en la soledad de la agonía, cuando cree estar a punto de encontrarse con Dios, es capaz de evitar esta pulsión que adultera y engaña. Seguid mirando, pero sed cautos, porque, cuando recuerda, Constantino también sueña, también fabula, también miente.

SACRIFICIO

Aleandría, marzo del 298 d. C.

Sobre una lanza astillada y torcida, mirando hacia las puertas de la ciudad con las cuencas vacías de sus ojos, la cabeza medio podrida de Aurelio Aquíleo saluda a cualquier visitante que ose adentrarse en el campamento imperial. Apenas han pasado tres días desde su ejecución, pero el calor se ha aliado con el aire malsano que el viento arrastra desde las regiones pantanosas de la desembocadura del Nilo para acelerar el proceso de corrupción. Las facciones del hombre que junto a Lucio Domicio Domiciano se levantó contra el Imperio ya no son reconocibles. Sin embargo, todos saben que es su cabeza y no otra la que se exhibe como advertencia, y lo saben porque muchos estaban presentes en el momento en que fue separada de su cuerpo y colocada en este lugar. A los demás, que son la inmensa mayoría de los habitantes de Aleandría, les ha llegado el rumor de lo sucedido y con eso les basta; no tienen ninguna razón para dudar del castigo ejemplar que se ha aplicado al rebelde. No creen vivo a Aquíleo, fugitivo entre las arenas del desierto dispuesto a reagrupar sus fuerzas para volver a atacar. Están cansados de la guerra y del asedio. Les da igual quién haya ganado con tal de que todo llegue a su fin, así que dejan de creer en libertadores y ahora su único credo reza que ésta es la cabeza del último usurpador, que no tienen otro señor que Dio-

cleciano y que si algo les falta les seguirá faltando no importa quién los gobierne.

Domiciano fue el verdadero líder de la rebelión. Luchó por aquello que era justo para los egipcios, o eso proclamaba, con sospechosa insistencia, ante cualquiera que quisiera escucharlo, sólo que esta Justicia de la que se decía devoto terminó adoptando la vulgar encarnación de una sangrienta revuelta contra la reforma con la que la Tetrarquía, con Diocleciano a la cabeza, pretendía equiparar los impuestos de Egipto a los del resto de provincias. De paso, como si no se pudiera luchar contra la injusticia de ninguna otra manera, Domiciano se proclamó emperador, y esto fue algo que Diocleciano no pudo permitir. El indiscutible señor de la Tetrarquía dirigió la campaña en persona y triunfó, pero el cuerpo de Domiciano se le escapó en diciembre, cuando, tras ser derrotado en batalla campal, su cadáver se perdió entre las incontables bajas de su precario ejército, como si viniera a demostrar con la pérdida de su cadáver entre la multitud que su condición de emperador era tan ficticia que en nada se distinguía del resto de sus hombres. Ahora, después de superar el último escollo y rendir Alejandría, el augusto supremo no tiene reparos en desquitarse con los despojos del que fue el segundo al mando en la revuelta, y así Aurelio Aquileo ha acabado por recibir un castigo que le es propio y a la vez ajeno.

—Que sirva de recuerdo para cualquiera que ose rebelarse contra nosotros —sentenció Diocleciano al prisionero.

Y la amenaza surtió efecto: Alejandría se rindió entonces tras más de ocho meses de asedio. La ciudad es por fin suya, pero Diocleciano todavía no se atreve a entrar en ella. Incluso ahora, días después de la conquista, cuando sus soldados ya han eliminado con eficacia los escasos núcleos de resistencia que aún lo desafiaban tras la captura y ejecución de Aurelio Aquileo, el augusto sigue dudando. Espera una señal divina que le asegure que no corre ningún peligro, y